

Esclavitud, blanqueamiento y modernidad periférica en Cuba

Gaspar Betancourt Cisneros

El Lugareño

JOSÉ GOMARIZ
Florida State University

*Con la trata crece cada año el número
de los naturales enemigos de la raza blanca.*
Domingo del Monte

RESUMEN

A la hora de examinar el pensamiento reformista cubano de la primera mitad del siglo XIX, la crítica se ha centrado sobre todo en los escritores de La Habana y de Matanzas, entre los que se destaca Domingo del Monte. Este artículo aborda la obra de uno de los escritores reformistas más controversiales de la periferia cubana, que fuera amigo de Del Monte y de los escritores de su círculo literario: Gaspar Betancourt Cisneros, conocido como El Lugareño y originario de Camagüey. Este artículo analiza las estrategias discursivas y las disyuntivas culturales a las que se enfrentaba El Lugareño en su búsqueda y puesta en práctica de soluciones alternativas al régimen esclavista colonial. Si bien los medios eran cuestionables —blanqueamiento, anexión— su objetivo primordial, lejos de abolir la esclavitud, era preparar un futuro en el cual Cuba fuera independiente de España.

Palabras clave: esclavitud, blanqueamiento, modernización, periferia.

ABSTRACT

When analyzing Cuban reformist thought of the first half of the 19th century, critics have mostly focused on writers from Havana and Matanzas, and especially on Domingo del Monte. This article approaches the work of one of the most controversial writers of the Cuban periphery, who was also a friend of Del Monte and the writers of his literary circle: Gaspar Betancourt Cisneros, also known as El Lugareño, who was born in Camagüey. This article analyzes the discursive strategies and the cultural dilemmas faced by El Lugareño in his search and implementation of alternative solutions to the colonial slave regime. However questionable his means were —whitening, annexation— his ultimate goal, far from the abolition of slavery, was to prepare a future in which Cuba would be independent from Spain.

Keywords: slavery, whitening, modernization, periphery.

José Gomariz

Coordinador del Programa de Estudios Hispánicos y Profesor Asociado de Literatura Hispanoamericana y del Caribe en Florida State University. Sus investigaciones sobre Cuba y el Caribe abordan los procesos de transculturación y de construcción de la identidad, especialmente en el discurso esclavista de la primera mitad del siglo XIX, así como la representación y crítica de la modernidad en la obra de José Martí. Sus artículos sobre Cuba y el Caribe han aparecido en *Casa de las Américas*, *Caribbean Studies*, *Cuban Studies*, además de otras publicaciones de América y Europa. En su libro *Colonialismo e independencia cultural* examina el papel que los procesos culturales e históricos desde la independencia al modernismo han protagonizado en la representación literaria del intelectual hispanoamericano. Ha sido Profesor Invitado en el Departamento de Estudios Literarios de la Universidad de La Habana y Profesor Visitante de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Utrecht.

Esclavitud, blanqueamiento y modernidad periférica en Cuba
Gaspar Betancourt Cisneros
El Lugareño

JOSÉ GOMARIZ



Casa de caldera del Ingenio Santa Rosa. Domingo Aldama. «El ingenio tiene 300 esclavos, 30 chinos y doce operarios blancos». *Los ingenios* (1857) de Justo G. Cantero.

El pensamiento progresista cubano y la esclavitud

A los pensadores ilustrados Francisco de Arango y Parreño (1765-1837) y José Agustín Caballero (1771-1835), les siguió un amplio elenco de jóvenes escritores cuyas ideas críticas del sistema colonial español contribuyeron a formar un discurso literario y cultural reformista que tuvo vigencia

en Cuba en la primera mitad del siglo XIX. Entre el nutrido repertorio de intelectuales se encontraban los primeros escritores que partieron al destierro, en aumento éste conforme avanzaba el siglo. El poeta José María Heredia (1803-1839) y el padre Félix Varela (1788-1853) fueron los primeros grandes desterrados. Heredia huyó de Matanzas a Boston en 1823, tras la fallida Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar contra el gobierno colonial; ese mismo año Varela, que se encontraba en España como representante de La Habana en las Cortes, logró escapar a Estados Unidos —a través de Gibraltar, colonia británica de ultramar— cuando éstas se disolvieron al filo de la reacción absolutista monárquica. En las dos décadas siguientes, José Antonio Saco (1797-1878) fue primero desterrado de La Habana y posteriormente deportado a Estados Unidos —rondaba el año 1834— por su crítica del sistema de producción esclavista; mientras que casi una década después en 1843, Domingo del Monte (1804-1853)¹ abandonó Cuba, como medida de precaución ante posibles represalias del gobierno colonial al iniciarse una serie de rebeliones de esclavos que culminaría con la represión de la Conspiración de la Escalera (1844), de las cuales era, sino simpatizante, conecedor. Del Monte, como Varela en San Agustín, vivió el resto de su vida desterrado en Madrid. El éxodo cubano del siglo XIX siguió con pujanza en su segunda mitad, hasta que finalmente concluye el siglo con su último gran desterrado y el único de los escritores citados que murió en tierra cubana: José Martí (1853-1895).

Si bien la actividad revolucionaria independentista es la principal razón de ser de intelectuales de la segunda mitad del XIX como Martí, la esclavitud es «el asunto» —así se le aludía— de los de la primera. De Arango y Parreño a Del Monte, la mayor parte de los

escritores epocales eran antiesclavistas, pero sin llegar al abolicionismo, entendido éste como liberación del sujeto esclavo —más que los intereses humanos, les preocupaba los intereses de clase y culturales. El miedo a una rebelión de esclavos como la acaecida en Haití en 1791, unido a la de una identidad cubana limitada al sujeto de ascendencia europea, puso freno a cualquier deseo de apoyar la emancipación de los esclavos, así como de lograr la independencia, pospuesta hasta fines de la segunda mitad del siglo. Es más, aunque parte de los criollos blancos sentía que su identidad era distinta de la de España, no por ello se dejaban de considerar en muchos casos, como escribe el mismo Del Monte, «españoles de Cuba» (*Escritos* 1: 38). El término español, sin embargo, se utilizaba más como distintivo racial que como adhesión a la metrópoli. Si bien estos escritores reformistas mantenían una posición crítica respecto a la esclavitud, dicha labor, como sugiere Manuel Moreno Fragnals, se limitaba al ámbito de la literatura y su objetivo final era el blanqueamiento de la sociedad cubana. Es decir, como se ha referido Juan Loveluck al ensayo hispanoamericano, tenía un carácter instrumental. Así, al referirse a la producción literaria del entorno delmontino, el historiador la describe como «el antiesclavismo literario de los amos de esclavos» (*Cuba/España* 194). Sin embargo, hubo escritores notables que fueron la excepción: José María Heredia, Juan Francisco Manzano (1797-1853), Gabriel de la Concepción Valdés *Plácido* (1809-1844) —este último ejecutado en el proceso de La Conspiración de la Escalera. Si exceptuamos a dichos poetas, y tomamos en consideración que la posesión de esclavos formaba parte del patrimonio de todo aquel sujeto colonial, por lo general blanco, que alcanzaba cierta posición económica en Cuba, la opinión de Fragnals no carece de fundamento. En su segundo testamento² fechado en La Habana en 1864, Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), entre «sus bienes existentes» declara «cinco negros emancipados; uno ídem nacido en casa, y un chino contratado» (En Figarola-Caneda 33). Por tanto, el patrimonio de la escritora en Puerto Príncipe (Camagüey), Cuba, contaba con un culí chino y varios afrodescendientes —en 1869, y precisamente en Camagüey, se proclamó por vez primera la abolición de la esclavitud en

1 Sobre Del Monte y su círculo literario, ver la biografía de Urbano Martínez Carmona *Domingo del Monte y su tiempo* (1997), así como el ensayo de William Luis *Literary Bondage* (1990). En el ámbito de la ficción, en *La novela de mi vida* (2002), de Leonardo Padura, se narra con aguda mirada del presente la complicada relación del poeta romántico José María Heredia con Del Monte.

2 Sobre los testamentos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, el destacado artículo de María del Carmen Simón Palmer ofrece importantes detalles poco conocidos de la excelente autora camagüeyana: «Lego a la tierra de que fue formado, éste mi cuerpo mortal.» Últimas voluntades de Gertrudis Gómez de Avellaneda.» *Revista de Literatura* (124) 2000: 525-70.

Cuba Libre, área del oriente cubano liberada por los revolucionarios independentistas³. Si pensamos en el principal promotor de la cultura cubana de su tiempo e incomparable organizador de tertulias literarias, Domingo del Monte, su matrimonio con Rosa Aldama —hija del vasco Domingo Aldama, uno de los grandes propietarios de esclavos e ingenios de Matanzas— le valió como dote matrimonial una generosa suma de su suegro la cual le ayudó a sufragar su destierro en Madrid.

Aunque los contertulios delmontinos estaban en contra del tráfico de esclavos —el comercio directo con África fue declarado ilegal en los tratados hispano-británicos de 1817 y de 1835— no por ello abogaban por la abolición de la esclavitud. Apoyaban una emancipación gradual en consonancia con las propuestas de Arango y Parreño⁴, así como con las ideas de la memoria que Varela preparó para las Cortes españolas en 1822. Entre otras provisiones, la metrópoli debía ofrecer compensación económica a los amos de esclavos para su manumisión. Pero aún de mayor preocupación para ambos en esa época era la escasez de población blanca y el aumento de afrodescendientes en Cuba, sobre todo en las ciudades.

El proyecto cultural de los criollos reformistas era blanquear la nación mediante el aumento de la población blanca y la eliminación gradual de la población de origen africano. Rebecca J. Scott indica que el porcentaje de blancos en las labores agrícolas logró alcanzar casi el 30% hacia 1868, incluyendo a los campesinos chinos que llegaron entre 1847-1874 («Gradual Abolition» 189). Mediante el blanqueamiento, como sería conocida en Cuba la limpieza étnica, el criollo blanco se convertía en el continuador de la llamada limpieza de sangre de la metrópoli; salvo que en la colonia la hegemonía cultural del cristiano viejo fue reemplazada por la del fenotipo del criollo blanco —aunque para demostrar su linaje y pureza ambos tuvieran que recurrir en última instancia a documentos oficiales⁵. Con objeto de promover sus intereses raciales y culturales —lo que entendían por europeizar como medida de contención y gradual eliminación de la llamada africanización de Cuba— los intelectuales reformistas criticaban el comercio de esclavos, al tiempo que promovían la inmigración blanca, pedían la deportación de los negros libres y proponían la fundación de nuevas comunidades en el campo para

que fueran pobladas con emigrantes blancos españoles y mujeres negras y mulatas procedentes de los centros urbanos, sobre todo de La Habana. Los intelectuales cubanos de la primera mitad del XIX querían, como sugiere Fraguinals, «la eliminación (no la liberación) de los negros» (*Cuba/España* 196)⁶.

Tanto la ficción como el ensayo de la época servían para criticar la esclavitud y promover el blanqueamiento. Debido a la censura colonial, los textos de los escritores que participaban en las tertulias delmontinas se distribuían de forma manuscrita entre la élite reformista con el objeto de persuadir a los lectores a favor de la causa antiesclavista, o bien se escribían para su difusión fuera de Cuba, como fue el caso del cuento «Petrona y Rosalía» (1838) de Félix Tanco (1797-1871) y la *Autobiografía* (1835-1839) de Juan Francisco Manzano (1796-1853), entre otros textos. Si bien los manuscritos clandestinos tenían un papel instrumental para promover las ideas antiesclavistas, por su parte, el mundo editorial floreció en las décadas de 1830 y 1840, debido sobre todo a la iniciativa de Del Monte. En La Habana, Del Monte fundó *La Moda o el Recreo Semanal del Bello Sexo*, participó en la creación de la *Revista Bimestre Cubana*, además de ayudar a Manzano a publicar en el *Aguinaldo Habanero* algunos de sus destacados poemas como «Mis treinta años» y «Una hora de tristeza» (1837). Fuera de La Habana aparecían también revistas y periódicos, como *La Aurora de Matanzas* y *La Gaceta de Puerto Príncipe*, que contribuyeron al auge de la vida cultural cubana. En este último periódico publicó gran parte de sus ensayos Gaspar Betancourt Cisneros «El Lugarreño» (1803-1866), uno de los intelectuales de mayor acervo cultural de la época vinculados al círculo delmontino.

Al abordar el pensamiento reformista de los escritores cubanos de fines de la primera mitad del siglo XIX, la crítica se ha centrado sobre todo en los escritores de La Habana y Matanzas —principales centros de producción y, en el caso de La Habana, del poder político colonial— entre ellos Del Monte que fue, como lo describió Martí, «el más real y útil de los cubanos de su tiempo» (5: 282). Mediante el estudio de las ideas de pensadores



Columnas neoclásicas del Palacio Aldama (1844). La Habana, Cuba. El español Domingo Aldama construyó esta residencia, la de mayor importancia del siglo XIX, para su familia y la de su yerno, Domingo del Monte. Fotografía de José Gomariz.

3

En su tercer y último testamento, fechado en 1872, no figura la posesión de ningún cubano afrodescendiente, ni culí chino.

4

Sobre la importancia clave de Arango y Parreño en la historia de la esclavitud en Cuba, ver «Francisco de Arango y Parreño: El discurso esclavista de la ilustración cubana» de José Gomariz, en *Cuban Studies* 35 (2004): 45-61.

5

Marriage, Class, and Colour in Nineteenth-Century Cuba de Verena Martínez-Alier sigue siendo una lectura enriquecedora para el conocimiento de asuntos relativos a la llamada pureza racial.

6

En dicho sentido, a mitad de siglo los cubanos reformistas contemplaban ideas parecidas a las de Abraham Lincoln. Antes de la Proclama de la Abolición (1863), Lincoln era partidario de la deportación de afrodescendientes libres —cuya puesta en práctica se debe a anteriores presidentes. Un texto que expone con lucidez las ideas y dilemas de Abraham Lincoln acerca de la esclavitud y la abolición es *The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery* de Eric Foner.

Esclavitud, blanqueamiento y modernidad periférica en Cuba
Gaspar Betancourt Cisneros
El Lugarreño

JOSÉ GOMARIZ



Mural de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey, 2008. Vista parcial. Parque Las Cubanitas, calle Independencia esquina a Ignacio Agramonte. Fotografía de Eduardo Soñora.



Ingenio Armonía. Proprietarios Miguel Aldama y José Luis Alfonso. Eduardo Laplante. *Los ingenios* (1857) de Justo Germán Cantero.



7
Sobre la colonización blanca, ver «El Lugareño» contra la esclavocracia: Las cartas de Gaspar Betancourt y Cisneros (1803-1866) de Manuel de Paz Sánchez.

Esclavitud, blanqueamiento y modernidad periférica en Cuba
Gaspar Betancourt Cisneros
El Lugareño

JOSÉ GOMARIZ

como El Lugareño y de la puesta en práctica de sus proyectos modernizadores, tanto en el ámbito de la cultura como en el de la ciencia y la economía, proponemos una visión desde la periferia insular de esa conflictiva primera mitad de siglo.

El Lugareño

El Lugareño compartió las ideas modernizadoras de la intelectualidad reformista criolla. Fue coetáneo e íntimo amigo de Del Monte; en Filadelfia, Saco le dio clases de filosofía basadas en la obra de Varela. La obra de Saco se deja entrever en su escritura, sobre todo la «Memoria sobre

la vagancia en la Isla de Cuba» (1832), a la cual se debe tanto el nombramiento del autor bayamés como socio de mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País, como el subsiguiente destierro. Mientras que en La Habana la Sociedad Económica, de la cual Del Monte también era miembro, construyó el ferrocarril a Matanzas con apoyo financiero de la familia Aldama («Memorial». En Vidal Morales y Morales 1: 266), en Camagüey, El Lugareño promovió la construcción de la línea férrea que le dio a su ciudad salida al mar por el puerto de Nuevitas, lo cual le valió el nombramiento como miembro honorífico de la Sociedad Patriótica de La Habana en 1843.

Pero además de realizar proyectos de modernización urbana y cultural en su ciudad natal, el escritor camagüeyano llevó a cabo ensayos con mano de obra blanca en sus propiedades rurales, al igual que la familia Aldama hizo en alguno de sus ingenios de Matanzas. Los proyectos de modernización tenían como denominador cultural común el blanqueamiento de la población: en el campo de la educación, mediante la creación de nuevas escuelas para blancos; en el agrícola, con

la división de los latifundios, en claro desafío a la agricultura extensiva de la plantación azucarera, y la llamada colonización —españoles emigrantes llegados a Cuba bajo contrato laboral⁷. Según el pensamiento reformista, la inmigración blanca de colonos y la mano de obra asalariada cubana blanca iría desplazando a los negros esclavos y libres en el sistema de producción hasta convertirse el inmigrante blanco en la principal fuerza laboral. Los pilares del blanqueamiento eran la colonización, la emancipación gradual de los esclavos con compensación para los amos y el cese efectivo de la trata —las leyes vigentes que declaraban ilegal el tráfico de esclavos apenas se acataban, así en el poema XXX de *Versos sencillos* (1891) José Martí rememora un episodio de su niñez cuando en el año 1862 en las proximidades de Matanzas fue testigo del apresamiento de un barco negro.

En consonancia con sus vínculos ideológicos con la intelectualidad reformista de la época, el modelo socioeconómico y de producción agrícola que El Lugareño creó en sus propiedades de Camagüey, conocidas como el mayorazgo de Najasa, formaba parte del blanqueamiento y de la emancipación gradual. Las ideas que expresó al respecto se hallan sobre todo en sus cartas y artículos publicados en *La Gaceta de Puerto Príncipe* bajo el título de «Escenas cotidianas» y en su correspondencia personal, especialmente la que mantuvo con Saco y con Del Monte. Cuando a fines de 1842 las autoridades coloniales comenzaron a censurar sus escritos a favor de la colonización blanca, le recordó a Del Monte —en vano, pues fueron publicadas el siglo siguiente en el *Centón epistolario* delmontino— que se deshiciera de las cartas que contuvieran alguna crítica de la esclavitud: «Yo quemo vuestras cartas que tratan de esto y confío en que allá haréis vos lo mismo» (*Cartas* 131).

Aunque murió antes del proceso revolucionario de independencia que se inició con la Guerra de los Diez Años (1868-1878), El Lugareño podría haber formado parte de los patricios cubanos dignos de elogio por parte de los escritores modernistas Julián del Casal y José Martí que, en sus respectivos artículos «La antigua nobleza» (1888) y «Vindicación de Cuba» (1889), se refieren a aquellos patricios que sacrificaron y abandonaron de forma voluntaria sus riquezas para unirse a la lucha por la emancipación de Cuba. El Lugareño incluso rechazó el perdón del gobierno

colonial. En 1851 le comunica al apoderado gubernamental de sus bienes: «Desde que me resolví a conspirar contra el Gobierno español, o más bien, contra la dominación de España en Cuba, di por perdidas todas mis propiedades y no he pensado más en recobrarlas sino con la independencia de la Isla de Cuba y un gobierno propio, libre y digno de la civilización de sus hijos» (*Cartas* 358).

A modo de comparación, Del Monte, gran reformista y figura controvertida y, por tanto, no menos sujeta al elogio y a la crítica que El Lugareño, fue acusado por Plácido, bajo tortura, de haber participado en la Conspiración de la Escalera (1844); pero, en contraste con El Lugareño, Del Monte esperaba recibir el perdón del Capitán General Leopoldo O'Donnell cuando en 1844 envió una carta abierta al periódico parisino *Le Globe* desmintiendo cualquier vínculo con dicha conspiración. Sin embargo, en un memorial —posterior a la negativa del Capitán General— dirigido al gobierno español se refiere a O'Donnell como «simple jefe militar, ignorante y olvidadizo de su deber, y que sólo puede saquear y arruinar la isla bajo el pretexto de gobernarla» («Memorial» 1: 279).

Pero ya a temprana edad el joven Betancourt Cisneros mostró sus deseos de independencia. En 1823, al año de llegar a Filadelfia para completar sus estudios, el camagüeyano parte con otros cubanos a pedir ayuda a Simón Bolívar para llevar a cabo la independencia de Cuba —se trataba de conseguir apoyo para la que resultó fallida conspiración, conocida como Los Rayos y los Soles de Bolívar, en la que también participó Heredia. Llega al puerto venezolano de La Guaira, pero regresa a los Estados Unidos sin el apoyo del Libertador. Su residencia de doce años y su posterior exilio en los Estados Unidos, fueron instrumentales en la formación de sus ideas sobre la modernización cultural y económica que expuso en sus escritos y llevó a cabo en sus propiedades de Najasa. Respecto a su pensamiento económico, varios críticos del XIX, entre ellos Manuel de la Cruz («Gaspar Betancourt Cisneros» 269) y Francisco Calcagno (*Diccionario biográfico cubano* 109), le otorgan en la modernización de Camagüey un papel semejante al que en La Habana en décadas anteriores tuvo Arango y Parreño, el principal pensador cubano del liberalismo económico de la época.

La modernización tecnológica

En 1833 se construyó en Charleston la vía férrea más larga del mundo: 136 millas. Uno de los proyectos modernizadores del Lugareño en Puerto Príncipe fue la construcción del ferrocarril, cuyo ingeniero principal fue el norteamericano Benjamín Wright. Aunque el proyecto tuvo que sortear serios obstáculos financieros y políticos a lo largo de una década, el ferrocarril se llegó a convertir en una realidad. En una carta a Saco fechada en 1849, El Lugareño le informa que ya se habían construido 30 millas de la vía férrea y sólo faltaban 16 para comunicar Puerto Príncipe con el mar.

Además de la importancia que tuvo para revitalizar el comercio de la región, el tren representaba junto al hierro uno de los símbolos de la modernidad y del progreso de la época. Según Martí en su prólogo al «Poema del Niágara» (1882): «los ferrocarriles echan abajo la selva» (6: 227). Pero además de obtener conocimientos sobre los avances tecnológicos en Estados Unidos, el Lugareño aprendió hábitos, prácticas de trabajo y de producción propias del sistema socio-económico estadounidense que dominaba en el noreste industrial del país y se extendería, después de la Guerra Civil Americana, a los estados del Sur.

La modernización laboral

El Lugareño se formó una concepción ética del trabajo distinta a la que imperaba en la economía, la sociedad y la cultura cubana colonial basada en la esclavitud. Su visión modernizadora se debió en gran parte a su residencia en Nueva York y Filadelfia a partir de 1823 y en su posterior exilio de 1846. En el Sur de Estados Unidos, sin embargo, las condiciones de la sociedad eran semejantes a las de Cuba, según observó Martí en su artículo publicado en *Patria* «La verdad sobre los Estados Unidos» (1894). Escribe el poeta cubano que «donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inclemente, tan



Carro de transportar caña. Casa de Africa. La Habana, Cuba. Fotografía de José Gomariz.



Placa en la casa natal de Gaspar Betancourt Cisneros El Lugareño. Calle Lugareño esquina a Hermanos Agüero, Camagüey. Fotografía de Eduardo Soñora Varona.



Esclavitud, blanqueamiento y modernidad periférica en Cuba
Gaspar Betancourt Cisneros
El Lugareño

JOSÉ GOMARIZ

8
Para el pensamiento de ésta última al respecto, ver «Gertrudis Gómez de Avellaneda y la intelectualidad reformista cubana: Raza, blanqueamiento e identidad cultural en Sab.»

9
En La Habana es de nuevo la Sociedad Económica, también conocida en sus orígenes como Sociedad Patriótica, además de otros nombres a lo largo de su historia, la que funda la primera escuela pública en 1793.

desvalido como pudiera ser, en consecuencia de la esclavitud, el de los hijos de Cuba» (*En los Estados Unidos* 1754). Debido en parte a su experiencia en el Noreste de Estados Unidos, el Lugareño pone en cuestión la productividad del sistema esclavista. En la sociedad esclavista, el trabajo manual y el servicio doméstico se consideraban actividades impropias de la población blanca, aunque ésta fuera de condición pobre. Como expresa El Lugareño en una de sus escenas, están «envilecidos por la opinión los oficios a que pudieran dedicarse las mujeres pobres» (80). Por su parte, Varela indica que la remuneración por el trabajo doméstico era elevada debido a la escasez de trabajadores dedicados a labores manuales (293) —éstas solían recaer mayormente en la población esclava y libre afrodescendiente—; sin embargo, la aserción está en parte motivada por el interés cultural en promover la inmigración blanca que, según se desprende de las ideas de Varela, al crear mayor competitividad y diversidad laboral abarataría costos.

Uno de los medios posibles y de aplicación inmediata para sustituir la mano de obra esclava por la asalariada consistía en la incorporación al proceso productivo de las capas de desocupados blancos procedentes de los estratos socioeconómicos menos privilegiados. Este proyecto enlazaba con las mejoras en la producción, pero sobre todo con la idea del blanqueamiento. Como indica Scott: «this belief was distinctly tinged with racism; its modern counterpart is based on the notion that only free labor is compatible with mechanization» (*Slave Emancipation* 26). Cuando en Najasa uno de los primos del Lugareño se opone a la utilización de colonos blancos en las tareas agrícolas, El Lugareño lo describe como «ennegrado, y le hemos de blanquear» (*Cartas* 71). Como observamos en este comentario racial del escritor camagüeyano, el blanqueamiento no sólo compete al color de la piel, sino que tiene una importante vertiente cultural. Aunque en las primeras décadas del XIX se pudiera asociar con el proceso de aculturación al que se sometía a los esclavos para restarles beligerancia de modo que fueran maleables y productivos para mejor integrarlos en el sistema de producción esclavista, el blanqueamiento en el discurso del Lugareño y sus coetáneos tenía como objetivo la extinción de la esclavitud mediante la eliminación de los esclavos.

Las reflexiones sobre el trabajo, la pobreza y las críticas a la vagancia e indolencia en las *Escenas cotidianas* están destinadas a resaltar los beneficios económicos de la mano de obra asalariada blanca y a indicar que la esclavitud no sólo debilitaba la fibra moral de la sociedad, sino que era contraproducente y por tanto innecesaria —en consonancia con otros discursos del blanqueamiento como los de Domingo del Monte y Gertrudis Gómez de Avellaneda⁸. Como escribe W. E. B. DuBois en *The Suppression of the Slave-Trade* (1896): «moral sense offers little resistance to economic demand» (168). El interés personal, en palabras del Lugareño, «hace que el trabajo del hombre libre sea mejor y más barato que el del esclavo» (*Escenas* 82). De igual modo, la división de las grandes propiedades —así los mayorazgos— en pequeñas propiedades agropecuarias contribuirían, según el escritor, a una mayor productividad y promoverían la estabilidad necesaria para que ésta se llevara a cabo sin interrupciones (*Escenas* 140). De manera velada, en el siguiente comentario de las *Escenas cotidianas* El Lugareño alude a la economía de plantación, a la esclavitud y a las rebeliones de los esclavos: «Una sociedad donde haya mil *propietarios*,» escribe, «vive más tranquila que otra donde sólo hay cien, y novecientos *proletarios*» (157-58). En consecuencia, los proyectos de modernización laboral del Lugareño presentan un desafío al sistema de producción esclavista.

La modernización cultural

Su interés en la creación de nuevas escuelas públicas⁹ destinadas a la formación profesional, como la que fundó para niñas pobres en la localidad de Nuevitas, está en consonancia con la promoción del trabajo asalariado: «Por este sistema,» propone El Lugareño, «dentro de pocos años todas las artes y oficios pasarían a manos de nuestros niños pobres.» (*Escenas* 100). La fuerza laboral blanca cubana junto a la de los colonos llegados de España sustituirían de forma paulatina a los esclavos y a los libertos que contaran con oficio. Esta premisa puede ayudar a comprender la motivación racial que hubiera podido tener el gobierno colonial para cerrar la mayor parte de los pequeños negocios de mulatos y negros libres durante la Conspiración de la Escalera (1844). En este caso coincidían

tanto los intereses económicos y culturales de criollos como los de la metrópoli. La colonización blanca ayudaría a modernizar la fuerza laboral, así como la economía, al hacerla más productiva y competitiva, según opina El Lugareño; además, modernizaría la sociedad, pues resolvería lo que a principios de la década de 1830 Arango y Parreño denominó la «preocupación del color» (2: 536) y que a fines de siglo XIX Manuel de la Cruz llamó, pensando en la raza, «el equilibrio de las clases» (268).

Mediante la colonización y el cese de la trata, el blanqueamiento representaba para El Lugareño «la única áncora de nuestra esperanza y salvación» (*Cartas* 125). Para promover la colonización y para que se cumplieran las leyes que prohibían el tráfico de esclavos, a veces esgrimía en sus escritos el miedo a una rebelión de esclavos como estrategia de persuasión; sin embargo, no temía una rebelión de esclavos como la que aconteció en Haití en 1791 —en este sentido sigue una estrategia discursiva en la línea de Arango y Parreño. Así escribe que el gobierno de la isla vecina «es un gobierno estúpido, insignificante, impotente, de orangutanes» (*Escenas* 127) —este tipo de discurso racista y colonialista es extensible a gran parte de sus coetáneos criollos¹⁰.

Si el tren cifra la modernidad tecnológica, el blanqueamiento simboliza la cultural. Ambos símbolos modernizadores se completan en el discurso ilustrado y en las prácticas socioeconómicas del Lugareño. Así le comunica a Del Monte: «Acá se trabaja bien así en camino de hierro como en colonización blanca» (*Cartas* 144). Es más, durante el periodo en que era partidario del anexionismo —sin que por ello fuera adepto a las expediciones que Narciso López organizó con voluntarios del Sur de Estados Unidos a mediados del siglo XIX— El Lugareño veía la anexión a los Estados Unidos como un cálculo para sus intereses culturales y de clase. Según el escritor, como los cubanos no estaban aún preparados para el autogobierno¹¹, además de facilitar la independencia, la anexión prevendría una futura rebelión de esclavos y se convertiría en un paso decisivo para el blanqueamiento (*Cartas* 319) —de más decir que acabado el monopolio colonial español, la anexión contribuiría a agilizar aún más la exportación de productos agrícolas cubanos a Estados Unidos¹².

La república imaginada de Camagüey

Al comentar el ensayo de Domingo del Monte «El movimiento intelectual en Puerto Príncipe» (1838), El Lugareño menciona el carácter demócrata de los camagüeyanos frente al aristocrático de los habaneros. El Lugareño intentó hasta el final de sus días dividir su mayorazgo, acción que sólo era posible con permiso gubernamental. Sin olvidar que lo hacía con el blanqueamiento en mente, su talante parecería hasta cierto punto, en términos actuales, multicultural cuando establece comunidades laborales en fundos para que trabajaran juntos negros y colonos españoles, «sin distinción» (*Cartas* 138); salvo el dato importante de que blancos y negros estaban segregados cuando se trataba de comer y que el objetivo del trabajo conjunto era probar que los blancos tenían mayor capacidad laboral. Como le comunica a Del Monte respecto a su deseo de blanquear una de sus propiedades en Najasa: «Esto será mejor que un artículo de Colonización» (*Cartas* 76).

En el discurso del Lugareño los grupos de trabajadores asalariados y la provincia de Camagüey representan una «comunidad imaginada» —seguimos el concepto de Benedict Anderson que, en última instancia, se refiere a la identidad cultural— y en proceso de blanqueamiento que ofrece un modelo alternativo a la producción esclavista colonial. En una carta de 1841 a José de la Luz y Caballero se refiere a los colonos catalanes que para decidir quienes serían los supervisores del trabajo, «A fuer de trabajadores,» explica El Lugareño, «eligen al más trabajador, y aquello es una república y una mansión de seguridad y paz y laboriosidad. ¡Qué ejemplo para los negreros!» (*Cartas* 188). Es más, le asegura a Del Monte que «Si se cortara de raíz la introducción de negros, respondo con mi cabeza, que los potreros del Príncipe darían la ley y servirían de modelos de orden y utilidad» (*Cartas* 79).

El desafío del Lugareño fue premonitorio, pues como indica Federico Córdova en su biografía del escritor, O'Donnell lo amenazó precisamente con arrancarle la cabeza antes de desterrarlo en 1846 por sus actividades contra el tráfico de esclavos (102). La hegemonía colonial consideraba abolicionista, anglófilo, e independentista, a quien diseminara ideas sobre el cese de la trata y la colonización blanca, así como cualquier comentario crítico sobre la es-

10

Por otro lado, la colecta que hizo en Camagüey en 1840 para comprar la libertad de un esclavo al cual se le habían amputado dos pies, y sus amos, en palabras del escritor, «lo hacían servir lo mismo que un hombre sano» (*Cartas* 181), es también emblemática del proceder del Lugareño. Hasta cierto punto muestra la contradicción en que se sitúa, de forma ocasional, el sujeto respecto a la cultura dominante.

11

Sin duda, el escritor tenía en mente las beligerancias internas en que estaban sumidas buena parte de las recién creadas repúblicas americanas; sin embargo, el dilema cultural en que se dirime El Lugareño le lleva a desear lo que Martí, como advertencia, llamó en su discurso de 1891 en Ybor City «la perpetuación del sistema colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui» (4: 273).

12

Según Fernando Ortiz, hacia 1850 el comercio entre Cuba y Estados Unidos es mayor que entre la colonia y la metrópoli (*Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. En *Etnia y sociedad* 160).

13

Sin duda, los criollos cubanos blancos estaban supeditados en su mayoría a los designios del poder colonial español; aunque a su vez, éstos ejercían un forma de colonialismo doméstico, según el concepto de Ken Saro-Wiwa, sobre los cubanos de ascendencia africana.

14

El machete será el futuro símbolo de la emancipación cultural y política en la segunda mitad del siglo XIX.

clavitud, aunque fuera velado. Como comenta con preocupación El Lugareño: «propalan que nosotros aspiramos a la emancipación de los esclavos, y a la de la Isla» (*Cartas* 83). De igual modo, le dice un letrado camagüeyano que «suprimir la trata y proteger la inmigración blanca es dar primer y segundo repique de la Independencia» (*Cartas* 80). El Lugareño y los intelectuales progresistas de su época comprendieron perfectamente que para acabar con el dominio colonial español era condición necesaria acabar con la esclavitud; pero debido a su limitada visión de la identidad cubana, concebida ésta en un estrecho marco cultural que excluía a los cubanos afrodescendientes y que sobre todo tenía en cuenta los intereses económicos de la burguesía criolla, nunca estuvieron dispuestos a promover la abolición.

La República de las Letras Cubanas

Se ha escrito que los intelectuales de la primera mitad del XIX eran autonomistas, anexionistas e independentistas, así como antitratistas, antiesclavistas e incluso abolicionistas —éstos eran excepción. Los escritos del Lugareño nos ofrecen la oportunidad de reflexionar sobre las posiciones y los ajustes que desde la periferia colonial adoptó el pensamiento reformista criollo cubano para la eliminación gradual de la esclavitud y el mantenimiento de su hegemonía cultural¹³. En una carta a Saco, El Lugareño menciona que la obra del bayamés fue utilizada para apoyar todo tipo de posiciones políticas, muchas veces enfrentadas —ese ha sido también el destino de la imagen, más que la obra de Martí, a quien, sin embargo, nunca le cupo duda que era vital acabar tanto con el colonialismo externo como interno. Escribe el camagüeyano que todo el mundo considera «a Saco padre y padrino de éste que es abolicionista, del otro que es emancipista-gradual, independiente absoluto, anexionista condicional, y últimamente hasta los leales colonos de España dicen que cual es su padre así serán ellos» (*Cartas* 337). En lo que sí había consenso entre la intelectualidad epocal era en el modelo de emancipación gradual para acabar con la esclavitud de una forma ordenada, sin perjuicios económicos para los amos, ni políticos para la hegemonía blanca criolla. Como le asegura a Saco al afirmar su posición contraria al abolicionismo, y en concordancia con la dicotomía

civilización y barbarie: «la esclavitud tendrá su término, pero lo tendrá como debe tenerlo: se amputará un miembro gangrenado, pero lo amputará un experto cirujano, y no el hacha de un carnicero» (*Cartas* 307)¹⁴.

Como le explica en una carta de 1852 a José Luis Alfonso, se puede decir que lo fue todo menos un apóstata. Gaspar Betancourt Cisneros El Lugareño fue uno de los escritores de mayor importancia para entender las estrategias discursivas de la intelectualidad reformista cubana, sus dilemas culturales y puesta en práctica de vías alternativas al régimen esclavista colonial. El Lugareño intentó preparar un futuro en el cual Cuba fuera independiente de España; pero también, y en ello radicaba su limitación y contradicción cultural, con una población homogénea y europea —en una nación que se perfilaba con una identidad cultural mestiza—; de ahí en parte su vertiente anexionista y la imposibilidad de lograr la independencia en esa primera mitad del siglo XIX.

Bibliografía

- Academia de la Historia de Cuba. *Centón epistolario de Domingo del Monte*. Ed. Domingo Figarola-Caneda et al. 7 vols. La Habana: Imprenta «El Siglo XX,» 1923-57.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 2006.
- Arango y Parreño, Francisco de. *Obras*. 2 vols. La Habana: Ministerio de Educación, 1952.
- Betancourt Cisneros, Gaspar. *Escenas cotidianas*. La Habana: Publicaciones del Ministerio de Educación, 1950.
- *Cartas*. La Habana: Publicaciones del Ministerio de Educación, 1951.
- Calcagno, Francisco. *Diccionario Biográfico Cubano*. New York: N. Ponce de León, 1878.
- Córdova, Federico de. *Gaspar Betancourt Cisneros. El Lugareño*. La Habana: Trópico, 1938.
- Cruz, Manuel de la. «Gaspar Betancourt Cisneros. El Lugareño.» *Revista Cubana* 19 (1894): 258-76.
- Del Monte, Domingo. *Escritos*. Vol. 1 de 2 vols. La Habana: Cultural, 1929.
- «Memorial dirigido al gobierno español sobre el actual estado de Cuba, por un cubano.» *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. 1901. Vidal

- Morales y Morales. 3 vols. La Habana: Cultural, 1931. 1: 265-79.
- Entralgo, Elías. *Doctrina del progreso + Revolución mecánica = El Lugareño*. La Habana, Universidad de La Habana, 1956.
- Figarola-Caneda, Domingo. *Gertrudis Gomez de Avellaneda; biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias*. Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1929.
- Foner, Eric. *The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery*. New York: W. W. Norton & Co., 2010.
- Loveluck, Juan. «El ensayo hispanoamericano y su naturaleza.» *Los ensayistas* 1.1 (1976): 7-13.
- Martí, José. *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. Eds. Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez. Nanterre Cedex, Francia: Allca XX, 2003.
- *Obras completas*. 27 vols. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Martínez-Alier, Verena. *Marriage, Class, and Colour in Nineteenth-Century Cuba*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1974.
- Moreno Friginals, Manuel. *Cuba/España España/Cuba: Historia común*. Barcelona: Crítica, 1995.
- Ortiz, Fernando. *Etnia y sociedad*. Ed. Isaac Barreal. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- Paz Sánchez, Manuel de. «“El Lugareño” contra la esclavocracia: Las cartas de Gaspar Betancourt y Cisneros (1803-1866).» *Revista de Indias*. 58: 214 (1998): 618-36.
- Saro-Wiwa, Ken. *A Month and a Day: A Detention Diary*. New York, N.Y., U.S.A.: Penguin Books, 1995.
- Scott, Rebecca J. «Gradual Abolition and the Dynamics of Slave Emancipation in Cuba, 1868-1888» *The Black Diaspora: Africans and Their Descendants in the Wider World. 1800 to the Present*. Ed. The Black Diaspora Committee of Howard University. Needham Heights, MA: Ginn Press, 1990. 188-208.
- *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton, NJ: Princeton UP, 1985.
- Segura Cabrera, Andrés. *Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño)*, La Habana: La Universal, 1919.

Fecha de recepción: 23/01/2014
Fecha de aceptación: 23/02/2014



Vista panorámica de la Ciudad de Camagüey desde los altos del edificio Lugareño. Fotografía de Eduardo Soñora Varona.